

## HOGARES

Hacía diez minutos que la nana esperaba en el pasillo del sexto piso, frente al departamento de las hermanas Ana e Isabel Vial. La mañana estaba fría y no era agradable tener que estar de pie sobre las cerámicas heladas, pero ella sabía que no quedaba más alternativa que armarse de paciencia, la situación se repetía a diario y seguiría así invariablemente, porque ninguna de las dos ancianas confiaba lo suficiente en ella como para entregarle una copia de la llave de acceso. Tampoco confiaban en la paramédico que llegaría dentro de una hora a tomarles la presión y administrar los remedios correspondientes a cada una. Así es que no había otra cosa que hacer más que esperar y esperar. Cuando por fin se escuchó el ruido de llavero tembloroso con que Isabel, desde adentro, hacía girar la cerradura y luego la chapa de seguridad, la nana esbozó una sonrisa y dio por comenzado su día de trabajo.

El departamento se remontaba a mediados de los años 40, era amplio, elegante, finamente alhajado; sus paredes reflejaban el gusto de sus dueñas por la pintura y toda una tradición familiar emparentada con el menaje de materiales nobles y bellas líneas. En su interior el tiempo giraba en torno a las necesidades de salud de las dos viudas octogenarias sin hijos; la vida de la calle, su luz, sus ruidos, les eran completamente indiferentes; día y noche mantenían bien cerradas ventanas y cortinas por temor al frío invernal, la luz eléctrica y la calefacción no conocían tregua.

Ese día Isabel pidió que el almuerzo estuviera listo lo más temprano posible porque a las tres en punto llegaría Eugenia, una sobrina ya mayor, soltera, la única persona que les merecía algo de confianza; años atrás, le habían encargado la administración de unas propiedades y, ahora, las averiguaciones relativas a los

servicios de una residencia para adultos mayores.

Cuando Ana escuchó que Isabel le daba instrucciones a la nana, quiso levantarse inmediatamente, pero la severa deformidad de sus manos le impedía moverse con la rapidez que su ansiedad demandaba. Con gran dificultad presionó el timbre de su cama clínica, pidió que la llevaran al baño y le ayudaran a vestirse; una vez lista, tomó su carrito y lo empujó hasta llegar al comedor, sentía urgencia por desayunar con su hermana. Con la bombilla entre los dientes, entre sorbo y sorbo de té con leche, preguntó:

–Pero esta conversación con Eugenia es solo para saber si ha hecho alguna consulta, ¿cierto? Porque somos nosotras las que tenemos que decidir.

Isabel respondió lacónicamente que sí; desde que supo que existían las residencias para adultos, comenzó a pensar de manera recurrente en dejar ese departamento y cambiar de vida. No es que no le tuviera aprecio, es que había allí demasiados recuerdos acechándola que no la dejaban salir de esa melancolía tan prolongada que la agotaba. Esas últimas semanas habían sido un constante debatirse entre el deseo de partir y el deseo de acompañar a su hermana. Luego de unos minutos en silencio, se puso de pie y dijo que había dormido muy mal, pese a los antidepresivos y los sedantes, así que regresaría a su dormitorio para recuperar algo de sueño. Se despidió hasta el almuerzo y cerró su puerta.

Ana quedó pensativa, silenciosa, mientras sus ojos bailaban nerviosos por todo el comedor, como escrutando cada cosa que la rodeaba. Justo a un costado suyo, colgaba su retrato de recién casada que dejaba al descubierto su desvanecida altivez. Ahora lucía indefensa, la vejez la había ido reduciendo hasta convertirla en

una mujer menuda y frágil.

A las tres en punto llegó Eugenia. Traía bajo el brazo una carpeta con varios folletos que las tres mujeres desplegaron a lo largo y ancho de la mesa del comedor. Isabel comenzó a preguntar con avidez, quería que Eugenia contara todo lo que había conseguido averiguar y celebraba las fotografías que su sobrina había tomado en los preciosos jardines de cada una de las casas visitadas.

Ana, con una sonrisa forzada, admitió que todo se veía bonito y repitió varias veces que los sillones y las alfombras de las salas eran muy modernos. Su principal preocupación era si en esos lugares habría kinesiólogo y Eugenia contestó que diariamente tendría a su disposición un equipo de salud completo. Pero Ana replicó que ella estaba acostumbrada con Jorge.

—Él viene a verme aquí a la casa desde hace años y me deja muy bien, es tan caballero —comentó. Guardó silencio unos segundos y luego, como si por fin descubriera algo que le hacía mucha falta, exclamó que probablemente no la recibirían por no ser autovalente, ya que usaba pañales y tenían que ayudarlo a comer, especialmente los alimentos calientes, porque a estas alturas no podía sostener nada con las manos. Isabel y Eugenia se abocaron, entonces, a sacarla de su error y comenzaron a leer, atropelladamente y en voz alta, los párrafos de los folletos alusivos al tema. Ante esa cantidad de información, Ana permaneció callada y solo atinó, una vez más, a mover incesantemente sus ojos pequeños desde el techo hasta el suelo de la habitación, como queriendo encontrar refugio.

Al cabo de un par de horas y luego de haber tomado el té, Eugenia se retiró. Isabel la acompañó a la puerta y quedaron de hablar por teléfono. Mientras ellas

terminaban de despedirse, Ana empujó su andador hasta que llegó al cuarto de alojados, donde se encontraba un gran ropero de tres cuerpos estilo normando. Con dificultad logró girar la llave y quedó a la vista una infinidad de prendas de vestir antiquísimas, recuerdo de su madre, entre ellas un abrigo de nutria, otro de zorro plateado y un par de chaquetones, todos de pieles naturales. Se quedó allí largo rato mirando las prendas, sola y en silencio.

Durante los días posteriores al encuentro con Eugenia, las hermanas siguieron conversando acerca de cambiarse a una residencia; Isabel insistía en que lo mejor para ambas sería eso y dejar que su sobrina se encargara de vender el departamento. Le hablaba a Ana de las ventajas que seguramente tendría para ella vivir en un lugar así, por lo menos ya no tendría dormir en esa cama clínica que no le gustaba, y qué decir de las áreas verdes, las salas de cine y las actividades recreativas.

Para Ana no era fácil tomar una decisión. Se debatía entre la tristeza que le daba el solo hecho de pensar en dejar su casa y sus cosas, y el deseo de ver a su hermana feliz. Para poner fin a sus dudas, prefirió pensar que, quizá, esa sería la forma de encontrar una cura definitiva para la depresión de Isabel. Y asumiendo esta actitud, aunque sin estar totalmente convencida, aceptó mudarse a una residencia, la que Isabel escogiera.

Eugenia llegó a buscarlas en su auto, era el día acordado para la partida. Primero ayudaría a bajar a Isabel y una vez que la tuviera instalada en el vehículo, subiría a buscar a Ana. En el departamento era la hora del aseo, la nana entró al baño con la aspiradora encendida y dejó la puerta semiabierta, fue el minuto que Ana aprovechó para empujar su andador hasta el cuarto de los abrigos y, una vez allí,

cerró la puerta.

Cuando Eugenia subió, no la encontró y, asustada, comenzó a buscarla; la nana, que conocía bien sus movimientos habituales, intuyó que estaba encerrada en el cuarto de los abrigos y se dirigió hacia allá, pero, luego de forcejear unos minutos, concluyó que la puerta se encontraba asegurada por dentro. Nerviosa, llamó a Eugenia para que le ayudara a sacar a Ana, pero esta gritó desde adentro que estaba muy bien en ese lugar, que había cambiado de opinión y no se iría. Eugenia se convenció de que era absurdo llevarla por la fuerza, así es que bajó a contarle a Isabel que tendría que irse sin su hermana.

Al enterarse de lo sucedido, Isabel se quedó inmóvil y en completo silencio. Solo cuando Eugenia puso en marcha el motor y avanzó poco más de dos cuadras, le pidió regresar.

–Tiene razón mi hermana –dijo–. Si nos vamos, ¿quién va a cuidar los abrigos de la mamá?